

# Pensamientos acelerados

Laura Sofía  
Urrego David

Pocas veces nos damos cuenta de aquel panorama distópico en el que estamos viviendo, quizá porque vemos un vaso medio lleno en el que el agua en realidad ya se desbordó hace tiempo. Detesto admitir que me tomó tiempo darme cuenta, detesto saber que eso es una mentira. En realidad siempre lo supe, no hubo un momento mágico en el que me levantara de aquel sueño, yo siempre estuve despierta. Pero incluso la realidad tiene sus pesadillas, con miedos que inevitablemente nos retienen, la culpa, el recuerdo, el temor al qué dirán. Sé que esto no es culpa mía, pero a ratos me pregunto si tampoco es tuya, si hay acaso algo que esté ignorando y sea aquello que nos saque del ojo del huracán.

Vi todo desmoronarse y lo que hice fue en vano, miserables intentos acompañados de tu desprecio. Luego, aparecías con una caricia apacible que mostraba interés y yo no dudaba en darle respuesta a tus preguntas, preguntas que después no se harían o simplemente pasarían a otras bocas. No fui yo la de aquellas acciones, aunque casi desearía que así hubiera sido para al menos saber qué hice mal. Aún no he preparado las palabras que le diré a mi familia, lo único que llega a mi cabeza son sus preguntas necias que se convierten en punzadas, ¿creen que no pensé esto suficientes veces?, ¿creen que acaso yo no lamento el futuro que ahora quedará en el pasado? Tampoco sé qué decirles a nuestros amigos, no quiero que salgan a relucir versiones de teléfono roto en las que abunda mucha cosa, menos

claridad. Aunque lo que más me aterra es que en este momento solo me tengo a mí; solía contarte todo, ahora mis confidentes son las voces en mi cabeza, las cuales están sumergidas en un tsunami de dudas y conflictos. No obstante, mis voces se han refugiado en un submarino, cual soldado en combate, reconociendo que en medio de la crisis, así la marea no cese, hay que mantenerse firmes. No quiero ser dueña de críticas ni desprecios, pero tampoco quiero ser la señora de la falsedad e infelicidad, obligada a no sentir, a ser un trofeo más en la repisa mientras tú vas acumulándolos sin conciencia. Aquí mi compromiso es conmigo misma, pues comprendí que vivir con miedo es no vivir.

Aun en medio de la vigilia necesitamos un ruido incesante, al punto que nos aturda. Aquel día fue ese sonido irritante para mí. Eran ya varias semanas en las que actuabas cual extranjero, nada te era conocido. Había llamadas que no podías contestar conmigo presente, llegabas tarde y tenías la capacidad de teletransportarte de lugar en lugar, nunca estabas donde me decías; quizás si hubieras sido sincero, las cosas serían distintas. Me vi obligada a aplicar tácticas de novelas policiacas, comenzando un ciclo de persecuciones. Deteniendo aquel frenesí desesperado más de una vez, puesto que aún no me sentía lo suficientemente valiente. Tenía mi hipótesis clara, mas no estaba lista para

comprobarla. Trataba de hacer otros análisis, más observaciones; sin embargo, tu comportamiento era claro, lo que fue despejando las falsas justificaciones. Ya era tiempo de concluir la tesis.

Te seguí cuando entraste a aquel edificio. En cuanto ingresé, vi que se trataba de consultorios médicos. Esperé a que llegara el ascensor, mientras minuciosamente contemplaba el tablero para ver en qué piso te detenías, subí en el elevador consumida por la ira, imaginando la cara de la enfermera, doctora o incluso secretaria con la que estarías. Eras un descarado por venir a verla en su trabajo, ¿qué no tenías ni el más mínimo respeto por mí, por tu matrimonio? En cuanto las puertas se abrieron, comencé a mirar como búho hacia todos lados. “¿Está esperando a alguien, señora?”. Mi desesperación tuvo que haber sido evidente, a juzgar por cómo la secretaria me miraba con cierta preocupación; me sacudí para volver a mi razonamiento y apagar un poco los sentidos. “Estoy buscando a Héctor Trujillo, soy su esposa”. Hice especial énfasis en las últimas palabras. “Claro, don Héctor acaba de ingresar a su control”. Ese momento dejó claro que mi hipótesis había sido errónea, aquella idea de mojigata con la que esperaba verte simplemente se hizo pequeña y fue reemplazada por la gigante culpa y la duda. “¿Revisión de qué?”. Desearía no haber preguntado

tan inocentemente, haber disimulado un poco más, pero había quedado sin pistas, el panorama hipotético que rondaba por mi cabeza había sufrido una catástrofe llamada el fenómeno de la realidad, y yo, sin saber cómo, solo esperaba ver qué visión la iba a reconstruir. “No puedo darle esa información, ¿desea esperarlo en la sala?”. “No, no alcanzó a esperarlo, gracias”. Tomé el ascensor, salí del edificio, caminé unas dos cuadras y de ahí corrí desenfrenadamente; la gente miraba, algunos gritaban, pero a mí no me importó.

¿Qué carajos tienes? Llegué a casa desesperada, buscando así fuera una mísera parte del mapa que me ayudara a descifrar el enigma, pensaba en lo egoísta que podía haber sido, lo sesgada que estaba por creer que era un engaño, ¿sería cáncer?, ¿una enfermedad terminal?, ¿era eso lo que te tenía aislado?, ¿caso era sida?, ¿por eso no teníamos sexo?, ¿por eso te negabas a tener hijos? Mi mente no paraba de formular preguntas y no veía algo que las pudiera contestar. Entonces pensé en el cajón de los recuerdos que tenías, ese que no querías que viera porque era para contemplar en el futuro. Casi que lo arranqué del armario y al abrirlo no encontré aquellas fotografías y cartas para mí que tanto me afirmabas, sino reportes médicos; ojeé cada uno hasta que lo vi: “Diagnosticado con bipolaridad” a tus nueve años, era fácil hacer las cuentas, nos conocemos desde los

veintidós, esos son trece años desde tu diagnóstico, nos casamos a los veinticinco, tres años más, hemos vivido casi un año juntos y en todo ese tiempo ni siquiera lo insinuaste, lo más seguro es que sufriste episodios, ya entiendo el afán por estar con tu familia, cómo desaparecías sin dar explicación, un día me ignorabas, al otro me gritabas y luego aparecías según yo con intenciones de resolver todo con una alegría imparable. Había días en los que no querías salir de lo que ya se había convertido en tu madriguera y al otro me convencías de que lo mejor era recorrer toda la ciudad. Quién sabe dónde estarán tus medicamentos, a lo mejor ni te los tomas, estás desequilibrado. Tú y tu familia me vieron como una ciega a la que podían engañar, quería tirar tus cosas, cambiar la cerradura, gritarte. Fueron tantos cambios violentos los que se me ocurrieron para jugar en tu contra; en cambio me limité a poner todo de vuelta en su lugar, no estaba de más reprimirme de nuevo.

Entré al cuarto sin la garantía de que estuvieras ahí, recién volvía a casa, necesitaba reubicar mi norte, pues es claro que donde lo había puesto no era el lugar, giré el cerrojo con cuidado y ahí estabas, acostado en la cama, incluso en la tormenta disimulas la calma, me arrimé y sin mucho reproche solté: “Nunca me dijiste que eres bipolar, este espectáculo no va más, vamos a divorciarnos”.○